

legítima; á lo que Napoleón le respondió con sonrisa de incredulidad que todo lo sabía; que la revolución de Aranjuez no era tan natural como se le quería hacer creer; que Fernando VII había cedido á una impaciencia culpable, pero que había hecho mal en hacer declarar abierta una sucesión cuyo fruto no le estaba destinado, y que por haber querido reinar demasiado pronto no llegaría á reinar nunca. No pudiendo el canónigo mover á Napoleón con la pintura de las virtudes de Fernando VII, trató de moverle con la situación en que iban á quedar sus más fieles consejeros y con el papel que iban á hacer á los ojos de España, de Europa y de la posteridad; díjole que quedarían deshonrados por haberse fiado de la palabra de Napoleón, el cual los había llevado hasta Bayona haciéndoles esperar que reconocería al nuevo rey; que todos los acusarían de ineptos ó de traidores, cuando su única culpa había sido prestar fe á la promesa de un grande hombre. «Son ustedes unos hombres de bien, repuso Napoleón, y usted en particular es un excelente preceptor que defiende á su discípulo con el más loable celo. Nadie dirá sino que han tenido ustedes que ceder á una fuerza superior, pues es evidente que no podrían ustedes ni la España entera contrastarme. La política, señor canónigo, debe dirigir todas las acciones de un personaje como yo. Vuelva usted á su príncipe y dispóngale á aceptar la corona de Etruria si quiere todavía ser rey en alguna parte, porque puede usted asegurarle que no volverá á ser de España.»

El infortunado preceptor de Fernando VII se retiró consternado, y halló á su augusto alumno igualmente sorprendido y desconsolado de resultas de la conferencia que acababa de tener con el general Savary. Sin emplear éste ni escoger formas oratorias, y prescindiendo de las explanaciones que en boca de Napoleón podían en cierto modo servir de disculpa, manifestó á Fernando VII que era preciso renunciar á la corona de España y aceptar la Etruria como indemnización del patrimonio de Carlos I y de Felipe V. Grande agitación experimentó su pecho, hasta entonces completamente obcecado acerca de su suerte. Rodearon todos al príncipe, lloraron, se exasperaron y acabaron por último negándose á creer su desgracia é imaginándose que todo había sido una ficción de Napoleón, que no era posible que se atreviese á poner la mano en la sagrada persona de Fernando VII y en una cosa tan inviolable como la corona que ceñía, y que si amagaba á la casa de España con tan terrible amenaza era sólo para alcanzar alguna gran cesión territorial, ó la entrega de una importante colonia; en suma, que lo que se proponía era amedrentar y nada más. Juzgóse, pues, que bastaba no ceder á aquella intimidación para triunfar, y en consecuencia se decidió que se resistieran y desecharan todas las proposiciones de Napoleón. Ceballos se encargó de tratar con Mr. de Champagny sobre la base de una repulsa absoluta.

Al día siguiente pasó Ceballos al palacio de Marac para celebrar una conferencia con Mr. de Champagny. Ese personaje, en quien la bajeza parecía compatible con la violencia, se dirigió á Mr. de Champagny con una arrogancia que no tenía mérito ninguno, puesto que nada corría allí peligro más que las coronas y las personas estaban completamente seguras. Oyóle Napoleón,

y presentándose á él le dijo: «¿Qué está usted ahí hablando de fidelidad á los derechos de Fernando VII, cuando en vez de haber usted servido fielmente á su padre, del cual era ministro, le acaba de abandonar por un hijo usurpador, haciendo siempre el papel de traidor?» Ceballos, á quien podía con justicia dirigirse este reproche cualquiera que no tuviese nada que echarse en cara, se retiró y fué á contar á su nuevo señor lo que había ocurrido. Los adictos á Fernando reconocieron que semejante negociador no tenía ni bastante autoridad moral ni bastante arte para sostener los derechos de su soberano, y dieron este encargo á Labrador, que había aprendido en diversas embajadas á conducir los grandes intereses de la política con la necesaria reserva. La base de las negociaciones permaneció inalterable; reducida al derecho imprescriptible de Fernando VII á la corona de España, ó en su defecto, al de Carlos IV, único rey legítimo si Fernando VII dejaba de serlo.

Aunque ofendía algo á Napoleón esta resistencia, esperaba que en breve cedería ante la necesidad, y sobre todo ante Carlos IV, cuando acudiese éste á esforzar sus reclamaciones mucho más motivadas que las de Fernando VII; porque si bien había sido Murat quien le había sugerido la idea de protestar contra la abdicación, no por eso era menos cierto que dicho acto había sido resultado de una violencia moral ejercida sobre su carácter débil y que tenía sólidos fundamentos para reivindicar la corona. En nada se hubiera faltado á la justicia quitándose la á Fernando VII y devolviéndose la á Carlos IV. Considerando Napoleón la presencia de éste indispensable para oponer á los derechos del hijo los del padre, lo cual, aunque no producía el menor derecho en favor de los Bonapartes, producía entre todas aquellas reclamaciones una confusión de que esperaba sacar partido, instó poderosamente á Murat á que hiciese ir á Bayona á los reyes padres, y le mandase también al príncipe de la Paz, que continuaba preso en Villaviciosa. Mandóle que si era preciso emplease la fuerza, no para decidir el viaje de la antigua corte, que nada deseaba más que ponerse en camino sin que nadie pensase en estorbárselo, sino para libertar al príncipe de la Paz, que no querían soltar los españoles á ningún precio. Encargó al mismo tiempo que para predisponer los ánimos se comunicase á la junta de gobierno y al Consejo de Castilla la protesta de Carlos IV, que reducía á la nada el advenimiento de Fernando VII, sin restablecer á su autor, é inauguraba una especie de interregno favorable á la consumación de un proyecto de despojo. Procuró que se penetrase bien Murat de que no había que esperar de las opiniones grande aplauso al verificar un cambio que no era del gusto de los españoles, sino que convenía refrenarlos con el temor, granjearse después la adhesión de los hombres de seso con la evidencia de los beneficios que dimanarían de un rey francés y con la certeza de que la España no perdería ni una aldea ni una colonia tolerando un cambio de dinastía, ventaja que no hubiera producido ningún otro arreglo, y suplir la falta de asentimiento con el alarde de una fuerza irresistible. Prescribió Napoleón á Murat que estuviese bien apercebido; que fortificase dos ó tres puntos de Madrid, como el palacio, el almirantazgo y el Buen Retiro; que no permitiese á ningún oficial dormir fuera de su cuartel, sino que hiciera que permaneciesen

todos con sus soldados; que se condujese en suma como si temiese una insurrección, que él por su parte creía inevitable, porque probablemente los españoles querrían probar á los franceses; que los recibiese en tal caso con energía quitándoles toda esperanza de resistirse con fruto, y no olvidase el modo de hacerse la guerra en las calles en Egipto, Italia y otras partes; que convenía no empeñarse en el interior de la población, sino ocupar las avenidas principales con poderosas baterías, barrer las turbas con disparos de cañón y aniquilar á las que osaran mostrarse á descubierto con cargas de coraceros. De este modo la usurpación de la corona de España conducía á Napoleón de la astucia á la violencia con su irresistible impulso.

En una sola cosa se anticipó Murat á las instrucciones de Napoleón, que fué en el viaje de los reyes padres y en la liberación del príncipe de la Paz. Al responder á la manifestación que le hicieron de sus deseos Carlos IV y la reina, les dijo que el emperador los vería con mucho gusto en Francia, que por consiguiente no tenían más que disponer su viaje; y que iba á reclamar la entrega de la persona del príncipe de la Paz para encaminarle con ellos hacia Bayona, doble noticia á que debieron el único placer que experimentaron desde las funestas jornadas de Aranjuez.

Sabedor de que Fernando VII había por fin pasado la frontera, se consideró Murat libre de miramientos; por otra parte, los españoles, exasperados al ver tanta debilidad y avergonzados de tener tales príncipes, parecían dispuestos á sufrir la separación de una familia tan poco digna del sacrificio de la nación. Esto debía hacerlos por algunos días más sufridos; pero cuando se les habló de soltar al príncipe de la Paz, hubo entre ellos una especie de conmoción. El populacho, ansioso de vengarse, veía con desesperación que se le escapaba su víctima; las clases más acomodadas, y entre ellas los hombres que se habían comprometido en la revolución de Aranjuez, temían que en medio de todos aquellos trastornos políticos volviese el príncipe de la Paz á apoderarse del mando castigando su conducta. Negábanse, pues, por todos estos motivos á darle la libertad. La Junta de gobierno, compuesta de los ministros y del infante D. Antonio, experimentaba más que todos estos tristes temores. Desde el principio había opuesto á las instancias de Murat una resistencia enérgica, y pretendió que para decidir semejante cuestión se consultase á Fernando VII por carecer ella de autoridad. Habíase en efecto dirigido al monarca pidiendo sus órdenes. Fernando, no sabiendo qué responder á este mensaje, había declarado que ese punto se discutiría y resolvería en Bayona con todos los otros en que iban á ocuparse los dos soberanos de Francia y España. Transmitida inmediatamente á Murat la respuesta de Fernando, consideró éste resuelta la cuestión por las órdenes de Napoleón, y exigió que se soltase al príncipe de la Paz para que fuese á Bayona. Anunció por otra parte que Godoy sería desterrado para siempre de España y que sólo iría á Francia para alcanzar la vida, que era lo único de que no se le despojaba. Después de dirigir esta comunicación á la junta, envió Murat tropa de caballería á Villaviciosa para que se apoderase del preso, de grado ó por fuerza. Negábase á entregarlo el marqués de Castelar, que estaba encargado de su custodia, ha-

ciendo punto de honor el servir al odio popular, cuando para precaver un choque le mandó la Junta que le entregase.

El desgraciado dominador de España, que se había visto en la vispera nadando en el lujo y la opulencia, que aventajaba en suntuosidad y fausto al mismo trono como le aventajaba en potestad, llegó al campo de Murat casi desnudo, con la barba crecida, con sus heridas casi abiertas y con las señales de las cadenas que había arrastrado. En este tristísimo estado vió por primera vez al que había elegido por amigo en la corte imperial con miras muy diversas de las que ahora se cumplían. Murat, que no dejó nunca de ser generoso, colmó de atenciones á Godoy, le proporcionó cuanto había menester, y le envió á Bayona escoltado por uno de sus ayudantes y varios jinetes. Cumplida esta parte de las órdenes de Napoleón, trató de hacer salir á los reyes padres que en medio de su desgracia no cabían en sí de gozo sabiendo que estaba ya libre su amigo, y que iban á hallarse en breve en presencia del poderoso emperador que podía vengar sus agravios. Terminados sus preparativos de viaje, entre los cuales era el principal apoderarse de los mejores diamantes de la corona, pidieron á Murat que mandase su partida. En efecto, el día 23 fueron desde el Escorial á dormir al Prado, entre las fuerzas francesas, donde vieron y abrazaron á Murat con toda la efusión de su alma, y de allí salieron para Buitrago y para seguir por la carretera de Bayona adelante con toda la lentitud que convenía á su avanzada edad y su pereza. Recibieron en su travesía alguna que otra muestra de respeto; ninguna de simpatía. Hubiera bastado para sofocarlas todas la presencia de la reina, que era hacia veinte años el blanco de los odios y del menosprecio de la nación.

Era ya Murat el único dueño del país, y podía legítimamente creerse rey. Acababa de comunicar á la junta de orden de Napoleón la protesta de Carlos IV, dictada en cierto modo por él, y de reclamar con la publicación de este documento la supresión del nombre de Fernando VII en los actos del gobierno. En aquel apuro, quiso la junta que compartiese la responsabilidad el Consejo de Castilla, y le consultó al efecto; pero el Consejo se negó á admitirla, absteniéndose de explicaciones; entonces Murat terminó el conflicto por medio de una transacción, y se convino en que los actos del gobierno se publicarían en lo sucesivo en nombre del rey, sin decir de cuál. De este modo quedaba el trono completamente vacante, y empezaban á apercebirse de ello los españoles con dolor profundo. Ora se indignaban contra la ineptitud y cobardía de sus príncipes, que se habían dejado engañar y precipitar en un abismo de donde ya no podían salir; ora se mostraban compasivos con ellos, y enfurecidos contra los extraños que habían invadido su territorio, valiéndose del engaño y de la violencia. Los hombres ilustrados, que comprendían ahora por qué habían entrado en España los franceses, titubeaban entre su odio al extranjero y el deseo de ver la España reorganizada como lo había sido la Francia por obra de Napoleón. Concurriendo con sus mujeres á las funciones que daba Murat, mostrábase á veces seducidos, pero nunca convencidos completamente. El pueblo, por el contrario, no participaba en manera alguna de aquella especie de seducción, y permanecía



impasible á despecho de aquel impulso. Quedaba á veces como asombrado al aspecto de la guardia imperial y de nuestra caballería, y hasta admiraba á Murat; pero la infantería, compuesta la mayor parte de reclutas, instruídos apenas, plagados de sarna y que aprendían á su vista el ejercicio de las armas, no le causaba el menor respeto y hasta le inspiraba la confianza de vencerlos. Los ociosos de las cercanías habían acudido á Madrid armados de fusiles y navajas, y se iban acostumbrando á desafiarnos con las miradas antes de rechazarnos con las armas. Algunos, fanatizados por los frailes, cometían horribles asesinatos. Un hombre ordinario mató á navajadas á dos de nuestros soldados é hirió á otro, suponiéndose inspirado por la santísima Virgen. El cura de Carabanchel, lugar situado á las puertas de Madrid, asesinó á uno de nuestros oficiales. Hizo Murat que se castigase de un modo ejemplar á los autores de aquellos atentados, pero esto no disminuyó el rencor que empezaba á tomar cuerpo. Embargaba ya todos los ánimos una agitación indefinible, á tal punto que bastó se escapase un caballo en el paseo del Prado para que toda la concurrencia se dispersase temerosa de que se hubiese empeñado algún choque entre españoles y franceses. Lleno siempre de ilusiones sobre el carácter español, pero estimulado por los reiterados consejos de Napoleón, tomó Murat algunas precauciones. Alojó en el interior de la ciudad la guardia y los coraceros, y situó el resto de sus tropas en las alturas que dominan á Madrid. Agregó á las tres divisiones del mariscal Moncey la primera división del general Dupont, y de este modo tenía á Madrid sujeto con la guardia, la caballería y cuatro divisiones de infantería. La segunda división del general Dupont había ido á situarse al Escorial y la tercera á Segovia. Las tropas estaban acampadas en sus tiendas alrededor de Madrid. Estaban abastecidas con abundancia, aunque con alguna dificultad á causa de la escasez de medios de transporte. El tratamiento que se había adoptado contra la sarna había curado á casi todos los reclutas atacados de esta enfermedad; hacían diariamente el ejercicio, y ya empezaban á adquirir el continente marcial que tanto hubiese sido de desear á su entrada en España. Dióles Murat jefes sacados de entre los subalternos de la guardia, y cuidó con esmero de la organización de un ejército que consideraba como el sostén de su futura corona. Era particularmente soberbia la división del general Dupont; pero repetiremos que hubiera sido preciso que los españoles hubiesen visto todo aquello hecho y acabado desde un principio, y no formándose á su presencia, como por desgracia sucedía. Al consagrarse Murat á una tarea tan de su agrado; al verse algunas veces aplaudido por el populacho español, que se dejaba fascinar por su presencia y la de los soberbios escuadrones de la guardia imperial; al considerarse dueño de la Junta que entre dos reyes ausentes no sabía á quién obedecer, y obedecía á la fuerza presente, se creía ya rey de España. Sus edecanes, creyéndose asimismo grandes personajes de la nueva corte, le adulaban á más y mejor, y trasladando él aquellas lisonjas á París escribió á Napoleón: «Soy aquí el dueño en nombre vuestro; mandad y la España hará todo cuanto queráis; ella misma entregará la corona al príncipe francés que le designéis.» La única respuesta que daba Napoleón á estas vanas jactancias era

reiterarle la orden de fortificar los principales edificios de Madrid y de obligar á los oficiales á permanecer con sus tropas, medidas que Murat ejecutaba más por obediencia que convencido de su utilidad.

El príncipe de la Paz, llevado apresuradamente á Bayona para que no tuviese tiempo el populacho de amotinarse á su paso, llegó á su destino mucho antes que los reyes padres. Tenía Napoleón suma impaciencia de ver al antiguo árbitro de la monarquía española y sobre todo de servirse de él. Después de una corta conferencia, le pareció el favorito tan adocenado como se lo habían descrito y notable tan sólo por algunas dotes físicas que le habían hecho caro á los ojos de la reina de España, por cierta agudeza y una gran práctica en los negocios de Estado, pero calumniado por todos los que le pintaban como un monstruo de perfidia. No obstante, por consideración á su desgracia, se abstuvo Napoleón de manifestar el desprecio que un dominador semejante le inspiraba, y se apresuró á tranquilizarle acerca de su porvenir y del de sus antiguos soberanos, prometiéndoles una vida segura, pacífica, opulenta y digna de los antiguos señores de España y de las Indias. Añadió á esta promesa otra no menos grata, que era la de vengarlos pronta y cruelmente de Fernando VII, precipitando á éste del trono, y le pidió que coadyuvara á su proyecto con la reina y Carlos IV. Prometiéndoselo Godoy, y no debía ser muy arduo el empeño, porque así el padre como la madre estaban exasperados contra su hijo hasta el punto de preferir á un extraño en el trono de sus mayores, aunque fuese enemigo.

Anunciábase la llegada de Carlos IV y la reina para el 30 de abril. La política de Napoleón exigía que sólo los reyes padres fuesen recibidos con los honores reales. Dispúsole todo para este acto como si estuviesen aún en la plenitud de su poder y como si la revolución de Aranjuez no se hubiese verificado. Hizo formar las tropas, envió su comitiva á su encuentro, mandó que hiciesen salvas los cañones de los fuertes y que se empavesasen los buques surtos en las aguas del Adur, y se dispuso á poner con su misma presencia el colmo á los honores que les preparaba. Entraron en Bayona á mediodía, con salvas y campaneó, fueron recibidos á las puertas de la ciudad por las autoridades civiles y militares, encontraron al paso á los dos príncipes Fernando VII y el infante D. Carlos, á quienes recibieron con indignación visible aunque reprimida; se apearon en el palacio del gobierno que se les había destinado, y pudieron por un momento hacerse la ilusión de que gozaban del poder supremo: última y vana sombra con que Napoleón recreaba sus canas, para precipitarlos después á padre é hijos todos juntos en la nada, donde quería sumergir á los Borbones. De allí á poco acudió él á galope, acompañado de sus lugartenientes, á tributar el homenaje de su omnipotencia al pobre anciano víctima de sus cálculos ambiciosos. Al punto que llegó á la presencia de Carlos IV, á quien nunca había visto, le abrió los brazos, y el desgraciado descendiente de Luis XIV se echó en ellos llorando, como pudiera haber hecho con un antiguo amigo de quien esperase el alivio de sus penas. Desplegó la reina para agradar todos los recursos de una dama cortesana, sobre todo con la emperatriz Josefina, que, habiendo llegado pocos días antes á Bayona, acudió también á visitar á los re-

yes de España. Después de un breve coloquio, dejó Napoleón á Carlos IV rodeado de los españoles que se habían juntado en Bayona y de los gentileshombres y demás empleados franceses destinados á su servidumbre de honor. Quiso Napoleón, para que no se faltase en aquella ocasión á ninguno de los usos establecidos en la corte de España, que hubiese un besamanos general. Verificóse el besamanos, y en él Fernando, ocupando su lugar de hijo y príncipe de Asturias, fué á postrarse ante sus augustos padres, leyendo todos en el semblante de éstos la impresión que experimentaban sus corazones. Al terminarse la ceremonia el rey y la reina cansados trataron de recogerse; quisieron Fernando VII y su hermano seguirles á su cuarto, y Carlos IV, no pudiendo contenerse, detuvo por el brazo á su primogénito diciéndole: «¿Qué vas á hacer? ¿No has deshonrado ya bastante mis canas?.. Respeta al menos mi reposo...» De modo que no quiso verle más que en público. Fernando VII, á quien la mera etiqueta de algunas horas había rebajado otra vez á la condición de príncipe de Asturias, se juzgó perdido. Quedaba ya castigado y vengado Carlos IV. Pero pronto iba á tener que entregar éste á Napoleón el pago de la venganza.

Lo que con más impaciencia anhelaban los reyes padres era abrazar á su querido Manuel, á quien no habían vuelto á ver desde la infausta noche del 17 de marzo. Arrojárse por fin en sus brazos, y queriendo Napoleón dejarles en toda libertad para hablar y explicar, trasladó al día siguiente la recepción que les tenía dispuesta en Marac, con lo que pudieron á sus anchas pasar todo aquel día hablando de su situación y de su suerte futura. El príncipe de la Paz les puso al momento al corriente de lo que se preparaba en Bayona; cosa que no debía asombrarlos ni afligirlos puesto que ya no abrigan la pretensión de reinar, y tuvieron la satisfacción de oír que Napoleón, vengándolos de su hijo Fernando VII, les destinaba un retiro seguro y suntuoso, con rentas iguales á las de los príncipes reinantes mejor dotados de Europa, y sin más privación que la pérdida de una potestad cuyo próximo fin estaba previendo hacía tanto tiempo. No fué difícil por lo tanto reducirlos á los proyectos de Napoleón, con los que ya estaban de antemano resignados, aun sin saber todos los resarcimientos que les estaban reservados.

Al otro día les hizo convidar Napoleón á comer en el palacio de Marac, donde se proponía tratarlos diariamente con los más señalados honores. Pasaron allí Carlos IV y su esposa en los coches del emperador, tan distintos de las antiguas carrozas de la corte de España que estaban construídas por el mismo modelo que las de Luis XIV, y el anciano rey tuvo al bajar del suelo los mismos apuros que había pasado al subir á él, mostrando hasta en los más insignificantes pormenores cuánto distaban sus usos y sus ideas de la época presente. Al apearse en el palacio de Marac se apoyó con toda franqueza en el brazo de Napoleón, que acudió á recibirle á la portezuela. «Apóyese usted bien, le dijo Napoleón: yo tengo fuerza para los dos.» «Cuento con ella,» le respondió el rey padre, y le mostró con la mayor efusión su gratitud: tanto le halagaba el hallar en Francia el reposo, la seguridad y la opulencia que suspiraba para el resto de sus días. Habíase olvidado Napoleón de contar al príncipe de la Paz en el número de

sus convidados: le echó de menos Carlos IV, y con una vivacidad bochornosa para todos los asistentes preguntó en voz alta: «¿Dónde está Manuel?» Fueron inmediatamente á buscarle de orden del emperador, y Carlos IV recuperó al amigo sin cuya compañía no podía ya vivir.

Mientras Napoleón procuraba endulzar la suerte de este decrepito niño destronado, la emperatriz Josefina por su lado cuidaba con su acostumbrada gracia de la reina de España, proporcionándole las fútiles distracciones que tenía á su disposición y ofreciéndole todas las modas de París más nuevas y buscadas. Pero la esposa de Carlos IV era más difícil de consolar que su marido, porque tenía más talento y ambición que él; sin embargo tenía seguras dos cosas que anhelaba mucho: la seguridad personal de Manuel Godoy y el destronamiento de su hijo Fernando.

Después de colmar de atenciones á sus augustos y desgraciados huéspedes, impaciente por llegar á su objeto, puso Napoleón en juego los instrumentos que tenía á su disposición. Por indicación suya, Carlos IV escribió una carta á Fernando, recordándole su criminal conducta en Aranjuez, su imprudente ambición, su impotencia para reinar en un país presa por su culpa de las llamas de la revolución, y pidiéndole que entregase la corona que se había ceñido. Esta intimación revelaba claramente á los consejeros de Fernando, ya desengañados, el modo cómo iba á conducirse la negociación desde que había llegado la antigua corte. Era evidente que se le pedía la devolución de la corona al hijo para que, después de calentar por unos cuantos días, ó quizá solamente por algunas horas, las sienes del padre, pasase de aquella cabeza encanecida á la de un príncipe de la familia de Bonaparte. Los que dirigían la nueva corte opusieron á aquella intimación una carta bastante atinada, en que hablando Fernando VII á su padre como hijo sumiso y respetuoso, se declaraba dispuesto á restituir la corona, á pesar de haberla ceñido á consecuencia de una abdicación voluntaria, con estas dos condiciones: primera, que Carlos IV reinase por sí solo; segunda, que la restitución se hiciera con toda libertad, en Madrid, á la faz de la nación española entera. Sin estas dos condiciones no se avenía Fernando á restituir la corona á su padre, y se la negaba solemnemente; porque si éste se rehusaba á reinar, Fernando se consideraba como único rey legítimo por las leyes de la monarquía española; y si la retrocesión se verificaba en otra parte que en Madrid, aunque fuese en el seno de la nación congregada, no sería libre ni digna ni segura.

La respuesta era aguda y decorosa. Hízose que replicara Carlos IV, apoyándose en las irregularidades de la abdicación, en las violencias que la habían producido, en la imposibilidad en que estaba Fernando de gobernar un país como España que acababa de sacudir un largo sueño y se disponía á entrar en la senda de las revoluciones, y por último en la necesidad de confiar á Napoleón el cuidado de asegurar la felicidad de los pueblos de la península. Concluía la réplica dejando entrever intenciones amenazadoras por si no cesaba pronto aquella obstinación, y opuso á ella la nueva corte una contrarréplica análoga á la primera explicación de Fernando VII.

Nada adelantaba la negociación, puesto que se había



empleado todo el transcurso del 1.º al 4 de mayo en sostener aquella vana correspondencia. Empezaba Napoleón á experimentar la mayor impaciencia, y estaba resuelto á hacer declarar á Fernando VII rebelde y á entregar la corona á Carlos IV, que debía transmitírsela á él en seguida después de una breve dilación. Hizo primeramente por conducto del príncipe de la Paz redactar un decreto en cuya virtud se declaraba Carlos IV único y legítimo rey de España, y nombraba su lugar-teniente al gran duque de Berg, atendida la imposibilidad en que estaba de poder ejercer por sí mismo la potestad real, confiándole todo su poder y particularmente el mando de los ejércitos. Miraba Napoleón esta transición como necesaria para pasar de la potestad borbónica á la de los Bonaparte. Apresuróse á publicar este decreto, enviando adjunta la orden, expedida desde algunos días atrás y reiterada ahora, de que saliesen de Madrid todos los príncipes españoles que allí se encontraban, que eran don Francisco de Paula, el menor de los infantes, don Antonio, el tío de Fernando, presidente de la Junta de gobierno, y la reina de Etruria, que por hallarse indispueta no había podido acompañar á sus padres. Tomadas estas medidas, disponíase á terminar las escenas de Bayona con una solución que pudiera él imponer, cuando los acontecimientos de Madrid vinieron á facilitar el desenlace que deseaba dispensándole de emplear la fuerza.

Mientras Napoleón seguía correspondencia con Madrid, Fernando VII por su lado no omitía medio alguno de difundir en la capital de España nuevas que excitasen las pasiones populares en su favor, y que pudieran principalmente corregir el mal efecto que había producido su necia conducta. No ignoraba que los españoles le habían cobrado tanta compasión y aun casi tanto disgusto como á su padre al verle caer en la celada dispuesta por Napoleón; y así, valiéndose de correos que salían disfrazados de Bayona y atravesaban las montañas de Aragón para llegar seguros á Madrid, hacía difundir las noticias que juzgaba más á propósito para granjearse otra vez la opinión pública. Hizo que supieran todos que se le quería violentar en Bayona para arrancarle el sacrificio de sus derechos, pero que él se resistía arrostrando toda clase de amenazas, y que antes sabrían sus pueblos su muerte que su sumisión á la voluntad del extranjero. Pintábase como la más noble é interesante víctima para exaltar en su favor todos los corazones generosos. Sus correos, para evitar los caminos que estaban cubiertos de tropas francesas, se retrasaban uno ó dos días, pero llegaban á Madrid con toda seguridad; y las noticias que llevaban, propagándose con la velocidad del rayo, iban paulatinamente restaurando la buena opinión momentáneamente perdida de Fernando VII. El rumor universalmente acreditado de que éste era en Bayona objeto de la más brutal violencia, que contrastaba animoso con heroica fortaleza, reanimó en su favor al populacho de la capital, considerablemente engrosado, según dejamos dicho, con los vagabundos de las cercanías. No pudiendo echar mano de las imprentas, que estaban escrupulosamente vigiladas por los agentes de Murat, valiéndose de hojas volantes manuscritas, que, reproducidas con profusión, circulaban con increíble rapidez, concitando las pasiones populares en el más alto grado. La Junta de gobierno disimulaba por

fundamente sus secretos sentimientos y afectaba la mayor deferencia hacia las órdenes de Murat; pero fiel, como era justo, á Fernando VII, venía á ser el agente de las comunicaciones con Bayona y de las publicaciones que aquéllas producían. Había despachado emisarios á Fernando para saber si quería que se substrajese á los franceses, y que fuera ella en cuerpo á proclamar en alguna parte al rey legítimo, á provocar el levantamiento de la nación y á declarar la guerra al usurpador; y mientras recibía la respuesta, excusaba cuanto podía con subterfugios y dilaciones la obediencia á las órdenes de Murat encaminadas al logro de los designios de Napoleón.

Entre estas órdenes había una que la tenía en la mayor zozobra, y era la de que saliesen para Bayona todas las personas de la familia real que aún quedaban en Madrid. Por un lado la decrepita reina de España deseaba que se le mandase al infante niño D. Francisco de Paula, que había quedado rezagado por el estado de su salud; por otro, la misma reina de Etruria, que se había detenido con igual motivo, pedía con instancia salir, aterrada por la efervescencia cada día más imponente del pueblo español. Murat exigía con imperio que se verificase el viaje, porque el emperador se lo tenía expresamente encargado; y aun cuando por lo tocante á la reina de Etruria no había dificultad ninguna, porque como princesa independiente podía ir adonde mejor le pareciese, el infante niño D. Francisco, sometido por su menor edad á la autoridad real, dependía actualmente de la Junta de gobierno que la ejercía en ausencia del rey. La Junta conocía el objeto de todos aquellos viajes sucesivos, y se reunió en la noche del 30 de abril al 1.º de mayo para deliberar sobre la orden de Murat. Fué más numerosa que de costumbre, porque concurrieron á ella los varios presidentes de los Consejos de Castilla é Indias, y diversos vocales de los mismos, y la sesión fué tumultuosa. Querían algunos de sus individuos que se rechazase con energía una proposición cuyo objeto evidente era aprehender hasta los últimos representantes de la monarquía española, y que antes de ceder se probase la resistencia apelando á la fuerza. El ministro de la Guerra Ofarril expuso la situación del ejército, cuyos cuerpos, desorganizados y dispersos, unos hacia el Norte, otros hacia el Portugal y las costas, apenas presentaban en Madrid una fuerza compacta de tres mil hombres. Los más ardorosos querían que se supliese aquella falta armando al pueblo con navajas y escopetas, y que se librase la salvación del Estado en un grande acto de desesperación nacional. La mayoría opinó que se contestase á Murat con una repulsa disimulada, pero evitando provocar un choque. A despecho de la Junta, una reunión de patriotas, descontentos de aquella que calificaban como debilidad culpable, querían que se estorbase el viaje de los infantes por todos los medios posibles y exacerbaban las pasiones de un pueblo ya de por sí sobradamente exaltado. El 1.º de mayo, habiendo acudido á Madrid por ser domingo muchas gentes de las afueras, viéronse muchas fisonomías agrestes y duras mezclarse entre los grupos que se formaban en las diversas plazas de la capital. En la Puerta del Sol, plaza espaciosa situada en el centro de la población, donde confluyen las calles principales, como son la *Mayor*, la de *Alcalá*, la de la *Montera* y la de *Carretas*, había un

inmenso y amenazador gentío. Envió Murat á despejar la varios centenares de dragones, y con su imponente aspecto dispararon aquella muchedumbre obligándola á permanecer quieta.

Comunicó la Junta al general francés su templada negativa, y éste le respondió que no podía tomarla en consideración, y que al día siguiente, lunes 2 de mayo, haría salir á la reina de Etruria y al infante D. Francisco, á cuya declaración no se opuso réplica ninguna. En efecto, al otro día á las ocho de la mañana llegaron á las puertas de palacio los coches de la casa que habían de conducir á las personas reales. La reina de Etruria se disponía ya á partir, pero decíase que el infante don Francisco se resistía y lloraba, y esta noticia, difundida de boca en boca entre la muchedumbre, produjo una grande agitación. Llegó en esto un edecán de Murat, enviado por su general á cumplimentar á la reina en el momento de su partida, y al aspecto del uniforme francés prorrumpió el pueblo en gritos, arrojó piedras al edecán del príncipe, é intentaba asesinarle, cuando doce granaderos de la guardia imperial que estaban de servicio en el palacio que ocupaba Murat, desde el cual se divisaba el tumulto, cerraron á la bayoneta con el gentío y libraron al edecán que iba á ser inmolado. Algunos tiros que salieron de entre aquellas turbas fueron la señal de una insurrección universal. Empezó á oírse por todas partes el tiroteó: un populacho furioso, compuesto principalmente de lugareños de las cercanías, se arrojó sobre los oficiales franceses que andaban diseminados por las casas de Madrid á pesar de las reiteradas amonestaciones de Napoleón, y sobre los soldados destacados que iban por escuadras en busca de los víveres que se les distribuían, y degolló á muchos de ellos con inaudita ferocidad. Algunos debieron su vida á la humanidad de los vecinos que los ocultaron en sus casas.

Al recibir la primera noticia montó Murat á caballo; y despachó órdenes con toda la resolución de un general acostumbrado á los azares de la guerra. Mandó que las tropas acampadas se pusieran en movimiento para entrar en Madrid por todas sus puertas á la vez. Las más próximas, que eran las del general Grouchy, establecidas cerca del *Buen Retiro*, debían entrar por las espaciosas calles de *San Jerónimo* y de *Alcalá* para dirigirse á la *Puerta del Sol*, mientras que el coronel Frederichs con los fusileros de la guardia de Palacio, que estaba situado á la extremidad opuesta, se dirigiese por la calle *Mayor* al encuentro del general Grouchy, hacia la misma *Puerta del Sol*, que debía ser el centro de todos los movimientos. El general Lefranc, establecido en el convento de San Bernardo, debía marchar hacia el mismo punto y con un movimiento concéntrico desde la puerta de *Fuencarral*. Al mismo tiempo los coraceros y la caballería que llegaba por el camino de Carabanchel, tenían orden de avanzar por la puerta de Toledo. Murat, á la cabeza de la caballería de la guardia, permanecía á espaldas de Palacio, al pie de las alturas de San Vicente, cerca de la puerta por donde debían penetrar las tropas establecidas en la real Casa de Campo. De este modo, separado de los barrios más populosos, y ocupando una posición dominante, podía libremente dirigirse hacia donde más conviniera.

Comenzó la acción en la plaza de Palacio, adonde envió Murat un batallón de infantería de la guardia pre-

cedido de una batería. Quedó aquel punto despejado con una descarga de pelotón y unos cuantos disparos de metralla, y como sucede siempre en casos semejantes, la celeridad de la fuga hizo que no fuese considerable el número de las víctimas. Despejado Palacio y sus cercanías, el coronel Frederichs avanzó con los fusileros por las *Platerías* y calle *Mayor* hacia la *Puerta del Sol*, adonde se dirigían igualmente las tropas del general Grouchy por las calles de *Alcalá* y *Carrera de San Jerónimo*. Todos nuestros soldados, sin distinción entre veteranos y bisoños, iban avanzando con la serenidad que les habían inspirado sus aguerridos é intrépidos oficiales. El populacho, dirigido por paisanos valerosos, no hacía frente, pero hacía fuego desde las esquinas de todas las encrucijadas y además allanaba las casas para tirar desde los balcones. Perseguiánle los nuestros, y muchos fanáticos, sorprendidos con las armas en la mano, eran muertos á bayonetazos y arrojados por las ventanas. Las dos columnas francesas que marchaban á encontrarse repelieron hacia el centro, esto es, hacia la *Puerta del Sol*, á la furiosa muchedumbre que por su mismo apiñamiento no podía ni siquiera huir. Los más obstinados hacían fuego á nuestras tropas desde aquel hervidero; pero acudiendo á tiempo varios escuadrones de cazadores y de mamelucos de la guardia, penetraron á sablazos en aquella masa compacta y la obligaron á dispersarse por todas las salidas que aún quedaban expeditas. Los mamelucos principalmente, manejando sus sables corvos con gran destreza, cortaron varias cabezas, difundiendo un espanto que ha dejado hondos recuerdos entre los habitantes de Madrid. Rechazado el gentío, refugiábase el pueblo con doble ahinco en las habitaciones para tirar desde las ventanas. Las tropas del general Grouchy tuvieron que hacer muchas sangrientas ejecuciones en la *Carrera de San Jerónimo*, sobre todo en casa del duque de Híjar, desde donde se les había hecho un fuego mortífero. Las del general Lefranc tuvieron que sostener un combate más reñido en el parque de artillería, donde estaba encerrada parte de la guarnición de Madrid, con orden de no batirse. Penetraron en él varios insurrectos que hicieron fuego contra nuestras tropas, y esto hizo que el cuerpo de artillería española se viese á su pesar empeñado en la lucha. La necesidad de tomar á descubierto un edificio cerrado, desde donde se nos hacía un fuego de fusilería sumamente nutrido, nos costó algunos hombres; pero nuestros soldados, lanzados impetuosamente al asalto, desalojaron á los defensores y les hicieron pagar cara su resistencia. Fué entregado el parque antes que pudiese el pueblo apoderarse de sus armas y municiones.

Bastaron dos ó tres horas para sofocar aquella sedición, y después de la toma del parque no se oían apenas más que algunos disparos sueltos. Mandó Murat reunir en la casa de Correos una comisión militar, que mandaba quitar la vida inmediatamente á cuantos paisanos eran aprehendidos con las armas en la mano. Algunos para escarmiento fueron fusilados al punto en el mismo *Prado*. Otros, que trataban de huir al campo, fueron perseguidos y acuchillados por los coraceros. Llegaron en esto las tropas acampadas fuera, y ni tuvieron siquiera que hacer uso de las armas. Quedó la población sosegada por el temor de un pronto castigo, y por la presencia de los ministros Ofarril y Azanza, que acompaña-